

Soledad de todos modos

Antología del II Certamen de Cuentos El Palabrerista 2016

1



**Proyecto editorial
Los zopilotes**

©Título original: Soledad de todos modos

©Primera edición en «Proyecto editorial Los zopilotes»:

ISBN: 978-9929-707-05-4

Tel. 5578-9042

Impreso y encuadernado por Talleres del abismo en ciernes, Callejón del Muerto, HHSA.

©Proyecto editorial Los zopilotes Compiladores: Carlos Gerardo González y Eynard W. de Conqueabur

2

©Encuadernación: Los zopilotes

eynard58495@hotmail.com |

Impreso en Santa Ana, Antigua Guatemala, junio del 2017.

Se permite la reproducción total o parcial de este libro, en incorporación a un sistema informático, en su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, siempre y cuando nos avisen pues, aunque no lo parezca, somos los titulares del copyright, ja.

*Aquí le pedimos perdón
al mundo, a los bosques y a las selvas
por este papel gastado...
Atentamente Los zopilotes*

PREFACIO

nuestra época, nuestras perspectivas,
nuestros modelos del Espanto.
Roberto Bolaño

Practicar la escritura es un acto egoísta y solemne, se manifiesta en el papel, en alguna pantalla brillante o en la mesa de cualquier cafetería, se consigna «algo» que debe salir, que germina de formas dolorosas o no en las entrañas de la carne, en el paso, un poco somatado y a la fuerza, sobre la vida misma. El camino no es fácil, se piensa salir del sufrimiento hundiéndose más en él, cosa absurda y al mismo tiempo es un trazo limpio y claro, solo se conoce la entrada y eso es suficiente para los que deciden andarlo.

Escribir es un acto puro de contemplación y búsqueda. Los libros (como resultado) podrían significar un encuentro o una pérdida total, algo

que el Proyecto editorial Los Zopilotes asume y comprende de buena manera ya que trata de ser un medio para que esas contemplaciones y búsquedas sean tangibles, sean leídas y complementen o sean el principio de una nueva obra.

Con motivo de la convocatoria del segundo certamen de cuentos El Palabrerista 2016, “Soledad de todos modos” y después del fallo del jurado se logra editar una antología de 15 cuentos (en su mayoría autores inéditos); además se premia a los autores de los tres primeros lugares 1. *Claudia y los gatos*; 2. *El salto*; 3. *Del vacío (o una amistad imaginaria con Roberto Bolaño)*; así

como dos menciones honoríficas y diez cuentos seleccionados por su calidad literaria.

Una antología se caracteriza por compilar autores o temas afines, en este caso se trata de autores guatemaltecos de diferentes generaciones pero afectados todos ellos (y quién no) por un acto de violencia, de pérdida absoluta de la esperanza, por una lucha sin tregua o por la sencilla condena de observar como el tiempo se acumula sin misericordia.

La antología inicia con el secreto guardado por maullidos: forma premeditada de desaparecer los restos de la carne, luego, algo lejos de esos techos la caída libre, una con retorno y otra destinada a ser olvidada bajo cualquier puente. Los cuentos cuestionan, denuncian y se rinden frente a un contexto doloroso, destinado a llenar con hiel las pobres venas de sus habitantes, habitantes destinados, cada uno en su forma, a llenar un vacío.

La locura resumida en un colector de ojos. La muñeca de todos menos de ella misma. El cuidador de huesos y una interesante narración de vidas conectadas por la tristeza, la violación de un cuerpo, la negación de la identidad y la permanencia de la tradición traducida en el Nombre, así, con palabras amoratadas se van llenando las páginas (algo enfermas) que no están tan lejos de formar parte de una decadencia merecida, no por su estilo como diría Gautier, sino por la adopción de una forma de sociedad avejentada, obstinada a olvidar cada parte de su historia. De las entrañas esparcidas en la tierra a una niña que regresa constantemente a su infancia, así sigue este libro, aguantando el caos, dándole un orden bendito, creando, haciendo crecer una pequeña flor en la literatura guatemalteca.

Pedro Rojas, junio del 2017

Estaré eternamente encadenado

Roberto Obregón
(De «Gucumatz»)

No hará casa el que ahora no la tiene,
el que ahora está solo lo estará siempre,
velará, leerá, escribirá largas cartas,
y deambulará por las avenidas,
inquieto como el rodar de las hojas.

Reiner María Rilke
(De «Día de otoño»)

CLAUDIA Y LOS GATOS

Ivanna Chapeta
(1er. lugar)

Nací un mes antes de lo debido en el 88. Soy hermana mayor desde los seis y zonaunera de toda la vida. Mi bisabuelastrita era bruja y la casa en que vivo solía ser su oficina. Escribo desde que aprendí a leer porque es más fácil quejarme con historias ajenas. Curso el cuarto año de Letras en la Universidad del Valle de Guatemala. Aunque me siento en crisis casi siempre, tengo un conejo que me ayuda en la angustia diaria y una hija que me aguanta los fines de semana.

Desde que empecé a escribir en serio (a finales del 2015) he participado en cinco concursos. He ganado reconocimientos en cuatro de ellos y eso me hace pensar que debo estar haciendo algo bien.

Hoy Claudia se va por fin. Con sus gatos, como quería. Toco su mano, que siento aún congelada, e intento enlazar sus dedos y los míos sin conseguir nada. Me asomo a la ventana. La tarde está amenazando con volverse noche. Los gatos suben a los techos con sed de las gotas de calor que quedan en las azoteas. Ya casi no quedan rayos de sol.

Salgo, con su mano al menos entre las mías, a este balcón tan suyo. Recuerdo que ella se quedó a dormir en el pequeño apartamento (en el que yo apenas cabía) una tarde de domingo como esta un par de meses después de que empezáramos a salir, y no volvió a su casa más que por sus cosas la semana siguiente.

Tan pronto como pudimos, buscamos un lugar más grande para vivir juntos. Esperábamos encontrar una casa en la que ella pudiera ver cómo los techos se comían las tardes y un jardín para que yo pudiera pasar mi tiempo a solas viendo crecer las plantas. Nada de lo que

hallamos tenía ambas cosas, por lo que decidí quedarme sin jardín y ella, a cambio, llenó nuestra casa con mis flores y su risa.

Los primeros días fueron fenomenales. El amor nos encontraba por todas partes y lo hacíamos incluso al cepillarnos. Luego íbamos a trabajar y yo pasaba el día con ganas de verla en la noche. El problema es que nuestras tardes pronto se aturdieron de rutina. Antes yo acostumbraba salir a los parques a caminar, a ver flores o a sentarme a leer un rato. También me gustaba ir a los supermercados a pasar el rato recorriendo los pasillos sin decidirme a comprar nada. Intenté hacer lo mismo con ella pero todo le parecía muy tedioso. Tanto que decidió quedarse en casa mientras yo iba por las compras los fines de semana.

Un día, al volver del trabajo, la encontré sentada sobre el balcón, tratando de estirarse por algo que no alcanzaba a ver. Le pregunté qué trataba de hacer, a lo que, poniéndose el dedo en

la boca para que yo bajara la voz, respondió «hay gatos». Me acerqué a verlos y vi a un par de gatos amarillos que estaban acostados robándole el sol al techo de mis vecinos. Claudia estaba contenta como no la había visto en mucho tiempo. A mí la visión me pareció repugnante, por lo que me alejé enseguida y le dije que guardaría las cosas que había comprado esa tarde.

Después de un rato cerró la puerta del balcón y llegó a contarme, emocionada, lo que había visto hacer a sus felinos amigos. Incluso sugirió adoptar uno para nosotros. No la dejé terminar y le recordé que me molestaban las mascotas. Mamá intentó tener algunos pajarillos cuando yo era niño. Por las tardes, al cambiarles agua y comida, solía cantarles, mientras yo la esperaba, lleno de cosquillas de envidia en el pecho. Un día que me dejó solo, decidí abrir la puerta de su jaula y dos de los animales salieron de nuestras vidas en un par de minutos. El otro no se fue, así que tuve que sacarlo. Cuando lo hice, me picó.

No me quedó de otra que deshacerlo entre mis dedos y tirarlo a nuestro techo. Mamá estuvo muy triste. Yo traté de hacerla feliz cantándole como ella lo hacía con sus aves y supongo que funcionó porque no volvimos a tener mascotas en casa.

Después de mi tajante negativa, Claudia no quiso insistir en el tema y volvimos a nuestra rutina de cenar frente al televisor. Sin embargo, la escena de los gatos se volvió frecuente. En lugar de esperarme en la mesa o en la sala, como antes, ahora lo hacía en el balcón. Muchas veces quiso que la acompañara pero yo me sentía cada vez más incómodo con la presencia de los animales tan cerca de nosotros. Además, sentía celos. Había dejado de ir al parque para evitar que Claudia estuviera más tiempo del que ya estaba con los gatos y a veces casi la arrastraba conmigo al supermercado para hacer nuestras compras.

Me sentía inquieto todo el tiempo. Empecé a soñar con gatos. Gatos que dormían en nuestra

habitación y que dejaban caer su peso sobre mis pies antes de subir ronroneando a mi almohada para tomar mi lugar en mi cama. Despertaba molesto y discutía sin ningún motivo con ella, que cada vez estaba más lejos de mí y más cerca de ellos. Sentía que la estaba perdiendo. Que se la estaban llevando.

Al sentarme un día en uno de los sillones, el que estaba más cerca del balcón, sentí que olía diferente. Le pregunté si estaba dejando entrar gatos a la casa y me respondió, enrojeciendo, que no. No quise insistir en el asunto, pero estuve estornudando hasta que fuimos a dormir. Claudia dijo que sacudiría el polvo cualquiera de esos días.

Al día siguiente fui a trabajar más incómodo que nunca. Pedíirme temprano (un poco después de la hora de salida de Claudia) y corrí a casa en cuanto autorizaron mi salida.

Durante el trayecto pensé en gatos. Gatos en mi sala. Sobre mis muebles. Sobre mi cama. Sobre

Claudia. Me sentía asqueado de pensar que ella pudiera haber tocado uno de esos animales. Al abrir la puerta de casa me encontré a Claudia y un gato amarillo sentados en mi sillón favorito. Ambos me vieron sorprendidos y el gato huyó en unos segundos. Insulté a Claudia (y me arrepiento mucho) diciéndole perra traidora. Claudia tomó el asunto con humor y me pidió que me calmara. Intentó acercarse, abrazarme. Dijo que no había nada malo en los gatos y que yo tenía un problema. Estaba defendiendo a los malditos animales. Le grité muchas cosas. Tantas que se hartó y me llamó muchas otras. Dijo que yo era un imbécil y que prefería irse a soportar mis inseguridades. Empezó a llorar pero yo estaba furioso. Ella me estaba llamando imbécil en mi propia casa por culpa de unos estúpidos animales. Intentó irse a mi habitación y la tomé del brazo. Me pidió que la soltara. Me dijo que no fuera «ANIMAL». Entonces la golpeé. La golpeé para borrar de su cabeza la idea de que yo

podría ser cualquiera de sus inmundos gatos. Yo no era un animal. Yo era un hombre que había dejado su maldito jardín para que ella viera los atardeceres y ella me había pagado pasando sus tardes con gatos. La golpeé hasta cansarme, repitiéndole (gritándole) que yo no era ningún animal. Nuestro piso se llenó de sangre de su linda boca. De su nariz. De su cabeza.

Cuando pude calmarme, ella había dejado de moverse. Intenté reanimarla, pero todo lo que pasó fue que siguió saliendo sangre de sus ya no tan lindos labios. Los malditos gatos me la habían quitado, como tanto temí y ahora no sabía qué hacer.

Volví a tocar su cuerpo, a tratar de despertarla, pero todo en la casa sentía que se estaba yendo. Entonces empecé a llorar y a pedirle que no me abandonara. Que no volviera a entrar gatos y que volveríamos a estar bien. La abracé, humedeciendo mi ropa y mi cuerpo con su sangre y dejé su cara húmeda de mis besos. Le dije adiós

pero su cuerpo se negó a irse. Empecé a pensar que no tenía un jardín en dónde esconderla. Me quedé junto a ella, tocando su pelo, sus manos, su boca, hasta dormirme. Me desperté abrazando su cuerpo frío y rígido. Su pelo se había pegado a mi camisa y la sangre seca me hacía horribles costras en la piel. Besé por última vez su boca y la abracé tratando de no lastimarla. No teníamos carro aún y no podía meterla en uno para dejarla en cualquier lado. Todo lo que tenía era esa casa y a ella. Distraído, salí al balcón y encontré a los gatos comiendo algo en la azotea de mi vecino. Decidí que ellos se la llevarían. Fui por algo con qué cortarla a la cocina y no encontré nada. Tuve que bañarme y salir por un hacha. Nunca en mi vida había comprado ni siquiera un cuchillo y no sabía cómo pedirlo. Afortunadamente en el lugar al que fui me ayudaron, así que regresé con una enorme hacha y bolsas de basura a la casa. Llamé al trabajo para decir que estaba enfermo y

descolgué el teléfono para evitar que me interrumpieran.

Entonces empecé a partir partes de su cuerpo y a meterlo en bolsas pequeñas que iba poniendo en el congelador. Al llegar la tarde intenté ver si mi experimento funcionaba y tiré un pedazo pequeño de Claudia a la azotea. Inmediatamente se acercaron unos gatos que la devoraron en unos minutos. Cuando amaneció yo seguía tratando de cortar a Claudia, a mi Claudia. En total creo que llevo una semana alimentando a los gatos y otros animales del sector con partes de ella. Cuando voy al trabajo, llevo pedazos pequeños que voy repartiendo en la ciudad. Los animales deben oler la sangre porque se la comen pronto. Al regresar saco de mi refri otras bolsas y continúo con la tarea. Tuve que deshacer en el triturador su estómago e intestinos. Me daba asco tener que manipular eso y tirárselo a los gatos. El tórax también me costó mucho porque ella era muy delgada y tuve que tirarlo todo en basureros

clandestinos que voy encontrando. El cráneo no fue complicado pero me dolió mucho tener que deshacer la cara de mi Claudia y quemar su pelo porque eso no se lo come nadie. Cada vez que tiro alguna parte de ella, le digo adiós y le recuerdo que la amo.

Los gatos han venido acercándose al balcón por el alimento que les he dado. Uno (tal vez con el que encontré a Claudia) ha estado muy cerca de mí en estos días. Quiere subirse al balcón pero no se atreve. He visto sus ojos claros viéndome, expectantes, y he sentido ternura. Tal vez Claudia tenía razón. Debí considerar que tuviéramos uno.

Hoy que fui a la refri encontré solo un par de bolsas. Una tenía una parte de su pierna y la otra tiene su mano derecha completa. Corté en pedazos la pierna y se las di a los gatos. Comieron rápido. Me quedó su mano, que intenté enlazar con la mía sin conseguir nada antes de salir al balcón. Supongo que quiere irse pronto.

Su palma está rígida y amoratada. Los dedos, entumecidos, se han curvado, hasta volver su mano una extraña garra. Intento hacer que acaricie mi cara pero la alejo en cuanto siento el frío de su piel. Pienso que en algún momento vendrá alguien a buscarme, preguntando por ella. Le diré que me abandonó y esperaré a ver qué sucede. Veo sus dedos, sus uñas. Las acaricio y le doy un beso rápido, antes de soltarla. Los gatos ya están esperando. Regreso a mi sala y dejo la puerta del balcón abierta. A lo mejor el gato quiere entrar y hacerme compañía, aunque me haga estornudar un poco. Tal vez él no se va, como se fue ella.

EL SALTO

Boris Alcántara
(2do. lugar)

Nació en 1959, año que los barbudos toman el poder en Cuba. Entre representaciones de teatro y movimiento estudiantil se considera sobreviviente de la última represión. Con una formación entre autodidacta y tallerista ha incursionado en el radioteatro, el teatro de títeres, el mimo, la dramaturgia infantil y la locución. Es educador de corazón y profesión, desde donde renueva su fe en la joven humanidad. En lo literario es un poeta marginal, aunque certámenes como Myrna Mack, Juegos Florales Mazatecos, Concursos Universitarios, El Palabrerista Zopiloto han confirmado la riqueza inusual de su obra. Actualmente es un disidente rematado.

Cuando la vida es un suplicio
el suicidio es un deber.
Vargas Vila

El vivir es la posibilidad
que tenemos de suicidarnos
como nos da la gana.
Henry Peñafiel

En esta época el frío era enloquecedor, literalmente. El mitigante oficial era tener dinero para gastar en cualquier baratija de marca extranjera. Como en aquella colonia, donde la garita, la talanquera electrónica, las cámaras de vigilancia, le daban su merecida categoría de residencial. Allí, sí se lucían los adornos navideños. Allí, sí era la época más linda del año. Por eso Vicente al nomás despertar, jaló su celular para hablar con Denís.

- Guat sa, bro... ¿se va aventar el brinco, sí o no? Ya las traídas están lista para grabar esa babosada y subirla al feisbuc. No se me va a achicopalar a última hora. Mire que ya pagué los doscientos cincuenta tukis en el banco.

De verdad a Denís, eso del Bunyi Yump, realmente lo traía medio trastornado. Pero como quería pasarle fierro a la Flaquis, no tenía otro chance. Ya que si quería que le soltara algo, la tenía que convencer que era un duro bien

extremo. Por eso, se tenía que lanzar de cabeza ante todos... Ni en su mente lo había hecho y desde pequeño tenía un confirmado pánico a las alturas.

- Mirá vos Chentío, dejá de fregar. Ya te dije que sí. Yo no soy de los que a última hora se agüevan. Recordate que después nos vamos al puerto los cuatro. No te vas a aferrar con la Flaquis, porque esa es para Miki Maus.
- No hay bronca, yo me quedo con la Chochis porque tiene buenas chiches y es de tocho morocho. No como la Flaquis que se las lleva de virgen santa.

La ciudad había amanecido solo por rutina. Solo los buses con sus chirridos rompían el manto de niebla. Las nubes estaban laxas en el firmamento. El viento silbaba en medio del laberinto de las ventas callejeras, en la barriada no había nieve sintética, solo basura sintética. Era

el Día de Mercado más largo del año, duraba un mes.

Ella, La Flecha, apenas si tenía dónde caer muerta. En su cuarto lo único realmente suyo era una caja de madera para guardar la ropa, el catre, la mesa y su hijita. Una recién nacida sin nombre. ¿Pero quién iba a estar pensando en eso ahora? A Ella, la cabeza se le había quedado en blanco y negro. Sí, El Flecha, su marido, apenas tenía horas de muerto, horas de haber estado en la morgue, horas de haber sido enterrado como XX. A Ella también se le había olvidado su nombre. Ella era una equis más: la ex del Flecha.

Los cuatro se juntaron en la casa de la Chochis, y gracias a la invitación de la mamá de la susodicha se sentaron a desayunar como Donal Tromp del tercer mundo: cereal con leche, frijoles volteados con crema deslactosada, platanitos fritos con aceite de oliva, huevos revueltos con jamón de pavo, pan con mantequilla francesa,

jugo de naranja sin saborizantes artificiales y café negro con cremora refinada.

- ...chas, gracias ñora...
- Adiós tesoritos, que Dios los acompañe –esas bendiciones se las llevó el viento, porque ellos masticaban a la doña pero no la tragaban.
- Se parece a la Roxana Baldetti, solo que en versión tonelón... Ja, ja, ja...

Ya en el carro del Chentío se discutieron un pase de coca, nomás para agarrar aviada y partieron hacia el Puente El Incienso.

Cuando Ella conoció al Flecha, salía de recibir clases en el Inca y al cruzarse sus miradas se le cayeron los útiles y él, tan rápido como su apodo, la ayudó y de paso le dio un aventón en su tuc tuc hasta la casa en la zona uno. Desde ese momento la flechó con sus atenciones. Cuando se despidieron Ella se quedó atontada, leyendo el rótulo del vehículo: «El Flecha», que correspondía a la velocidad con la que dos corazones habían

dado en el blanco. Desde ese día, siempre se juntaron a la misma hora y en el recorrido de vuelta a casa se hicieron un sinfín de juramentos. Sin declaración de amor, sin pedida de mano, al chaz chaz... sellaron su relación en una pensión del Cerrito del Carmen. Para Ella, que hoy ya era La Flecha, una vez fue suficiente para quedar embarazada y que su abuela la echara de la casa. Por lo menos, El Flecha se hizo cargo de ella. Se la llevó a vivir a un cuartucho que consiguió en La Ruedita, ahí hicieron su carcaj de amor. Exactamente a los 30 años. O sea, 17 de Él, más 13 de Ella. En Los Flecha la rapidez era consubstancial, los días eran segundos, los meses minutos, el embarazo un suspiro. Cuando menos lo sintieron llegó el parto, el que para variar fue rápidamente atendido por los bomberos.

- Acuesten a la muchacha en el catre porque ya rompió la fuente... Puje, mija puje... Ya asomó la cabecita. No chille y puje más duro... Para qué se mete a cosas de gente

grande... Puje hija, puje... Traigan agua caliente que ya nació la niña.

De un flechazo, la recién nacida no se quiso quedar atrás, nació a los ocho meses con doce días: fue prematura. Entre las toallas se veía chiquita como un ramita con punta, llena de ternura. Ya a salvo, los bomberos se zafaron al chilazo. Los mismos bomberos que acudieron con la sirena abierta cuando le dispararon al Flecha... a las cuatro de la tarde en la entrada del Gallito... por no sé qué líos de territorio, o porque no había pagado la extorsión, o porque no saludó a los vendedores de drogas, o porque no llevaba las luces prendidas. ¿Quién sabe? El único consuelo es que murió rápidamente, ya que de toda la ráfaga un tiro fue suficiente. Más se tardaron los del MP en levantar el cuerpo que en llegar la noticia a los oídos de ella, quien mecía en sus brazos a La Flechita con apenas dos días de nacida. No lloró para nada cuando le contaron, solo una lágrima en forma de flecha le surcó la

mejilla y cayó sobre la mejilla de la beba, quien sonreía.

Ese día el Denís venía trincándose a la Flaquis en el asiento de atrás. Traían las manos entrelazadas, también las lenguas, las piernas, los gemidos... Al Chentío solo le tocó la cabecita de la Chochis, la que traía encasquetada sobre el hombro, mientras que manejaba al ritmo de Deivid Gueta, entre gritos y fumones de mariguana que compartía, democráticamente, con su mara. La Chochis, quien era de naturaleza ninfómana, ya había alcanzado su primer orgasmo, simplemente apretándose las piernas.

- Apagá esa onda vos Chentío, no mirás que adelante hay un puesto de registro.
- A mí la tira me hace los mandados vos Denís. No te acordás que mi ruco es chofer de Yimi.

Por buena o mala suerte los pararon. El agente se acercó y no pudo dejar de torcer la nariz cuando sintió el olor a petate quemado que venía

del carro. Y con un gesto de perdonavidas pidió los papeles.

- Bájense. Los voy a tener que conducir por consumo de estupefacientes.

El Chentío le dio el carné del Estado Mayor Presidencial que su papá siempre dejaba en la guantera, exactamente, para esos menesteres.

A todo eso, ya las traídas estaban frikeadas y yo me estaba haciendo el loco, pero cuando el agente le pasó el carnet a su superior, este atinó a bramar.

- No seás mula, dejá de estar jodiendo a ese patojo, mirá que es hijo de un cabezón, dejalo ir ¡pero ya!, no vaya a ser que nos chillen y hasta nos manden al carajo.

Con todo, el Chentío ya se había bajado del carro y le zumbaban los dedos en el teclado del celular.

El agente, como apremiado por un tizón, le extendió los papeles al Chentío y le hizo señas

para que siguiera. Ya en el carro, partimos con un sonoro chirriar de llantas y carcajadas...

- ¡Ja, ja, ja...!, a mí los polis me pelan la estacaaaaaa.

Ese día, La Flecha, sonámbula, llamó a su abuela para desahogarse. Ella era su único familiar. De padre y madre ni la sombra conoció. Su abuela era su único sostén y sustento, pero desde siempre le había cantado que no la quería con una barriga. Tal vez si la abuela no estuviera loca, la habría comprendido, le hubiera echado una mano, pero era una alcohólica furibunda. Por eso, cuando el Flecha la embarazó y se la llevó a vivir con él, a la abuela fue como quitarle un gran peso de encima. En verdad El Flecha era o fue su primer hombre en todo. Pero hoy su abuela era la única persona a la que se le ocurría acudir en busca de amparo, ayuda o algo así. Marcó tres veces hasta que una voz aguardentosa contestó.

- ¿...Quiéeen... hic..?

El llanto le atrapaba las palabras, apenas balbuceaba un ayúdenos entre sollozos y moqueos.

- Mirá patoja...hic. Yo estoy más jodida que vos... hic. Lo más seguro es que me muera mañana... hic. Ya no estoy en la capital... hic. Sos una ingrata... Yo puse todas mis esperanzas en vos, gasté todos mis ahorros para pagarte la escuela... hic. Pero por tus locuras tiraste todo al carajo. ¡Sos una malagradecida! ¿Ahora qué querés...?, ¿que te mantenga a vos y a tu cría? Si apenas me alcanza para mí... hic. Por eso dejá de estar gastando en llamadas, porque yo aquí en la costa me vine a morir y aquí me van a enterrar... hic.

Si no hubiera sido por los toquidos en la puerta, La Flecha se quedaba prendida al teléfono, porque esa voz, aunque la maldecía, le reconfortaba.

- Niña, soy yo, Doña Mela. Vengo a que me des lo del alquiler. Recordate que es fin de quincena y no te podés atrasar... Si no tenés me vas desocupando, porque ya tengo otros inquilinos que quieren esta pocilga... Niña, contestá pue... Ya sé que estás ahí.

Ella sintió un gran frío en los pies y recordó los últimos doscientos quetzales que El Flecha le había dejado bajo el colchón. Idiotizada por el flato, medio abrió la puerta.

- Doña Mela, espéreme... Es que me acaban de matar a mi mari...

Doña Mela le pegó un empujón a la puerta y de carambola a ella. Tras de sí, entró su guachimán y en un tris, como locos, revolvieron todos los cachivaches del cuarto hasta que encontraron los billetes.

- Está bien niña, pero esto solo te alcanza para cinco días. Pero si querés yo te consigo trabajo en una sala de masajes para

viejos pistudos. ¿Qué decís?, ahí podés ganar una buena plata. No seás babosa, ya dejá de estarte lamentando. Total El Flecha no andaba con buenas juntas, por eso le pasó lo que le pasó. Pensalo bien. No creás que no siento lo de tu marido, pero así es esta puta vida hija. Así es.

La Flecha apretó a su cría, le llevó el pecho a la boquita, pero la beba no lograba atrapar el pezón infantil de su madre. El mismo pezón que su niñez no había logrado desarrollar en un seno de madre, para que La Flechita pudiera satisfacer su hambre, más que su llanto.

A esas alturas del Periférico, el Chentío tenía ganas de un pase, entonces paró en la gasolinera con la casaca de comprar unas cerchas. Mientras que Denís bajó a comprar las respectivas, este preparó cuatro lineazos, para quitarse el estrés que le había provocado el agüevón que les dieron los polis hijos de su pinche madre. Pero como era bien alivianado, sacó un espejillo de mano, luego

esparció un grillo y con el carné del Estado Mayor Presidencial formó cuatro perfectas líneas de nieve colombiana. Mientras que aquellos terminaban con la compra, el Chentío sacó un pañuelo y empezó a limpiarse la nariz con sonoros efectos de jazz. Terminadas ambas operaciones se reunieron para darse su respectivo snifazo entre toses, estornudos y maldiciones en homenaje a toda la parentela de los policías que les habían aguadado el día. Pero ya con el pase y dos cheves entre pecho y espalda, a los cuatro les volvió la alegría y la memoria, pues iban al salto del Bunyi Yump del Denís en el Puente El Incienso.

- ¡Yupi!
- Hoy sí Denís, se lo va a llevar la pelona bro.
- Yo lo hago, solo por un beso de la Flaquis, compa.
- Si lo hacés por mí, te doy un beso y todo lo que querrás Denís.

- Ya se rayó mi bro. Si se avienta el brinco, hasta el chiquito le va a dar la Flaquis.

Era mediodía y aunque el sol estaba en su cenit, el frío seguía reinando como presidente en dictadura.

Ella, antes de irse con El Flecha le hizo prometer una sola cosa: que nunca la fuera a abandonar. Como buena chica liberada, todo lo podía aceptar: los tragos, las aventuras, la vida loca, pero el abandono jamás. Con esa promesa La Flecha se fue con él. Echaron en el tuc tuc dos bolsas negras con su ropa y partieron hacia el futuro como locos, sin más fortuna que su amor. Pero ese día suspiró con la mirada puesta en el inmenso puente que era el paisaje diario frente a la ventana del cuarto. Pero su suspiro era de abandono puro. Del Flecha solo pendía la ropa de un clavo. Aún sobre la mesa estaba el plato con los restos del huevo revuelto que el amor de su vida no se había terminado ese día, su último día.

Hoy el amor de su muerte, porque ella estaba más muerta que viva.

Cuando la mara del Chentío llegó al puente, desde lejos reconocieron a Frank, el gringo encargado de la empresa de Extrim Yump que ofrecía ese servicio. Aquel ya estaba terminando de acomodar todo el equipo necesario para el salto. Como malos chapines ese día llegaron puntuales. Al encontrarse hubo el consabido intercambio de saludos de mano, los cuates, y de besitos, las cuatas. El Denís que iba a ser el primero en saltar pidió un ratito aparte para prepararse espiritualmente. Dónde jodidos, se retiró un cacho para darse un lineazo dado que las patas les estaban temblando y la vejiga amenazaba con hacer agua. Ya preparado regresó con el gringo quien le colocó diligentemente el arnés y le amarró las cuerdas elásticas en las patas. Ahí andaba el Denís saltando como bebote empañalado. Mientras le revisaban todos los mecanismos de seguridad, le pedían firmar el

documento que eximía de toda responsabilidad a la empresa gringa si el Denís tronaba a sapo, no sin antes exigir el váucher de pago. A todo esto ya las chicas estaban en posición con los celulares listos. La Chochis le hacía señas al Denís para que se apurara y la Flaquis le tiraba besos cariñosos y se acariciaba los senos en señal de promesas de amor. Ya algunos curiosos se habían aglomerado en la baranda, los afligidos, los indignados, los desprevenidos...

- Y cuánto vale el brinco pue...
- Dicen que como trescientos varos...
- Con esa feria mínimo le doy de comer a mi familia por una quincena.
- Nosotros no tenemos ni podemos, estos tienen y pueden pero lo mucho que tienen lo pierden.

La Flecha ya no pudo contener el torrente de llanto y La Flechita, como avisada, sintió la punzada del dolor compartido. Era el llanto de dos niñas, incontenible. Como pudo arropó a la

beba y se la amarró a la espalda con una colcha y como pudo salió del cuarto con la vista puesta en el inmenso puente, como si le llamara. Tomó por donde habían matado al Flecha, aún estaba la sangre fresca sobre el pavimento que el montón de gente machucaba como si nada, como si hubieran matado a un chucho. Siguió bordeando la zona tres sintiendo en su pecho un extraño imán hacia el puente. Aunque no se le notaba seguía llorando. Con la mano envuelta en la colcha se tapaba la boca, parecía que sus sollozos habían arrullado a la Flechita porque ya no lloraba, tal vez se había quedado dormida, como sedada por el olor a muerte. La Flecha, con todos sus trece años, no era capaz de soportar los dolores propios de una mujer en medio de una guerra invisible. No solo era el asesinato, era el abandono, el futuro incierto... Ella ya no atinaba, tal era su engace que se había olvidado del frío. Si no fuera por la velocidad de su andar, muchos la confundirían con una muerta viviente.

- ¡Ay Flecha, yo sé que no me abandonaste!
Me diste tu palabra. Yo sé que solo estás
perdido y te tengo que encontrar. ¡Yo sé
que no nos abandonaste!

Ya tenía frente a ella la gran mole de cemento y
hierro. Le clavó la mirada como cuando le
escuchaba y a su lado pasó un tuc tuc igualito al
del Flecha, con el mismo rótulo, con las mismas
bolsas negras, iba veloz como un ídem... Tenía
que ser él... Nadie más que él. Y tan veloz como
le dio su diminuta humanidad, corrió, tras su
última oportunidad...

- ¡Ey Flecha, parate ahí! Sabía que no nos
ibas a dejar. Tu promesa: el abandono
nunca... Esperame Flecha... Flecha... Miiii
amoooooor...

Ella corrió desbocada tras él, corrió
embrutecida con el alma en la boca y el corazón
en las lágrimas. Vio cómo el tuc tuc flotó sobre la
baranda y se perdió en el vacío. La Flecha corrió

como poseída. Nadie la pudo, nadie la quiso
detener cuando se subió a la baranda...

El Denís se acomodó el arnés, se santiguó tres
veces, hizo la señal de la victoria del Pin Plata,
enloquecido se subió a la baranda, la Chochis
accionó el video, la Flaquis se frotó los genitales
reafirmandole su promesa.

Y él saltó.

Y ella saltó.

EL VACÍO (O DE LA AMISTAD IMAGINARIA CON ROBERTO BOLAÑO)

Adolfo Mazariegos
(3er. lugar)

Soy politólogo, egresado de la USAC. He ejercido la docencia desde hace algunos años y he tenido la fortuna de que algunos de mis cuentos han sido incluidos en (algunas) antologías como *Y de repente abrí los ojos* –antología de cuento breve– (Fussion Editorial, Madrid, 2016); *Cada loco con su tema* –compilación de cuento breve hispanoamericano– (Editorial Benma, México, 2015); *Pereza* –antología temática de cuento breve– (Editorial Benma, México, 2013). En 2011 publiqué el libro de cuentos *Un lugar igual... Pero distinto* (Magna Terra Editores, Guatemala, 2011) y en 2013 el libro de no-ficción *Régimen de Convención* (Editorial Hispabook, en coedición con Universidad de San Carlos, Guatemala, 2013). Actualmente escribo la columna de opinión «Utópolis» en Diario La Hora (Guatemala) y colaboro con el periódico global Mundiario (La Coruña, España) y con la revista digital Estado Internacional (Buenos Aires, Argentina).

«Así es como es», dijo a manera de saludo. Entró en la pequeña cafetería de estilo oriental donde habíamos acordado encontrarnos para conversar un rato aquella tarde, aprovechando su viaje de pocos días a México y previo a su regreso definitivo a España. Al atravesar el umbral se detuvo un instante volviendo la vista en todas direcciones, como tratando de reconocer el lugar o como tratando de despejar quizás alguna secreta incógnita de la cual yo no participaba. Luego, se dirigió rápidamente a la mesa donde me encontraba ya desde hacía diez o quince minutos.

Era cerca del mediodía. Quizá las once y media o algo así.

- No sé por qué me citaste aquí –se quejó, poniendo un cigarrillo en su boca y buscando afanosamente un encendedor que no tenía consigo pero que aseguraba llevar en algún sitio. Aceptó después, sin

embargo, que había extraviado el encendedor antes de llegar al lugar.

Tenía el semblante de quien no ha dormido bien y ha trabajado mucho. Algo despeinado, barba de dos o tres días, americana negra, y sus infaltables gafas graduadas que le hacían lucir más intelectual de lo que ya era, aunque él insistiera reiteradamente que no era así.

- No te entiendo –dije, sin ponerme de pie ni extenderle mi mano para saludarlo, siguiendo su misma fórmula. Le pregunté si quería café o si prefería tomar otra cosa, tal vez agua.
- Café –respondió, parco, del otro lado de la pequeña mesa de madera en la que alguien –vaya a saber quién– había escrito, con tinta azul, una estilizada letra mayúscula que, por desconocidos motivos, resultaba verdaderamente interesante: «W». Nadie se había molestado en borrarla o en pintar algo encima para que no se viera. No

resultaba desagradable a decir verdad, era tan solo algo que no dejaba de llamar la atención de los comensales que por aquella mesa pasaban.

- No puedes evitar el vacío de la misma manera que no puedes evitar cruzar calles si vives en la ciudad... –dijo de pronto.
- ¡Sí, ya he escuchado eso antes!, –lo interrumpí, tal vez descortésmente–, es más, estoy seguro de haberlo leído en uno de tus libros, ¿cómo se llamaba?... ¿No es acaso el manuscrito que me enviaste para que leyera hace algunos meses? Sí, es esa novela donde uno de los personajes es una pelirroja de la que medio mundo habla aunque nadie la haya visto jamás..., y el policía ese que no da una...
- Amberes. Se llama Amberes –dijo, secamente, sin ningún tipo de emoción en la voz ni en el rostro, aún con el cigarrillo en la boca.

- Sí. Amberes –asentí–, pero no te pedí que vinieras para hablar de eso ahora. No sé ni por qué lo mencionas.
- Mencionar qué, ¿el tema del vacío o el título de la novela?
- Ese asunto del vacío. Se me hace algo tan..., no sé. Y sinceramente no sé por qué lo traes a colación, de verdad.
- Porque para eso me citaste, supongo, para hablar de algún vacío. Todos buscamos llenar vacíos en nuestra vida, o en la vida de los demás, o en..., donde sea. De una manera u otra así es. Lo sabes bien. De no ser así tampoco estaríamos aquí conversando y hablando de ello, por más tonto o absurdo que ahora digas que te parezca... Y no me veas así, porque en el fondo, sabes que tengo razón.

Lo observé, contrariado, intentando descubrir cómo Roberto y yo habíamos llegado a ser tan amigos. Tratando de explicarme a mí

mismo si efectivamente él tenía razón en eso que acababa de decir, o si solo estaba tratando de jugarme una broma de las suyas. Con él nunca se sabía.

Una mujer joven, de ojos oscuros, rasgados, se acercó, y nos dijo muy seria en un precario español: «no podel fumar aquí, pol favol». Pasó un trapo húmedo sobre la mesa y simuló ordenar un par de salsas y servilletas de papel que había en el centro. Luego preguntó si íbamos a pedir algo.

Nos vio con displicencia.

Sonreí, acostumbrado como estaba a ese tipo de reacciones y prejuicios.

- ¡Mierda! –dijo Roberto, en voz muy baja, casi para sí. También le sonrió a la mujer fugazmente y desvió con rapidez la mirada hacia el otro lado, guardando su cigarrillo que obviamente no había llegado a encender. Me di cuenta de que

probablemente había pensado lo mismo que yo.

- De verdad, no sé por qué me citaste aquí –insistió, sacando del bolsillo de su americana una hoja del periódico donde había un crucigrama. Lo extendió sobre la mesa y volvió a hablar–: ¿un bolígrafo? –preguntó, dirigiéndose realmente a la muchacha y no tanto a mí, aunque la pregunta la hubiese formulado viéndonos a ambos alternadamente.

Ella no respondió.

Yo negué con la cabeza, y aproveché para pedir dos tazas de café.

- ¿Nala más? ¿No van a comer? ¿Nala? –quiso saber la chica.
- Eso es todo –respondí, con seriedad, tratando de no ser descortés. La vi alejarse, molesta, arrastrando los pies con desgana y llevando en su mano izquierda el trapo húmedo con el que acababa de limpiar la

mesa, acomodando entre sus cabellos negros, lisos, un bolígrafo barato, de plástico.

- ¿Lo ves? A eso me refería. Ni siquiera se molestó en responder y lleva un bolígrafo como sujetador de cabello.

Sonreí, viendo la hoja del periódico con el crucigrama sobre la mesa.

- Y entonces, ¿qué planes tienes? –pregunté, tratando de cambiar el tema.
- La verdad, no lo sé... No he hecho planes... Y si he de ser honesto, no he podido escribir mayor cosa estos días. Necesito ponerme a escribir desde la madrugada hasta que no pueda más y me quede dormido para repetir lo mismo al día siguiente...
- ¡El vacíoooo! –dije, volviendo a sonreír, enfatizando las palabras y alargando las letras en tono burlón. Él se dio cuenta inmediatamente.

- ¡Te estás burlando!, ¿verdad?... Pendejo –exclamó, pero también lo vi sonreír, (por primera vez desde que llegó a la cafetería), y me alegré por ello. Era la primera vez que le escuchaba utilizar la palabra «pendejo». La había leído varias veces en sus escritos, pero nunca la había escuchado de su boca, de su propia voz. Será tal vez que los años largos que este chileno ha pasado en México, aunque ya no viva aquí, ahora significan algo más, elucubré.

Nos llevaron las dos tazas de café. Un café aguado pero humeante que me hizo olvidar por un momento la verdadera razón de aquel encuentro. Sabía que no volvería a ver a mi amigo, y lo lamenté desde lo más profundo de mi corazón.

Acerqué mi taza y vacié tres generosas cucharadas de azúcar en ella, luego las removí con lentitud premeditada, con parsimonia

infinita, con resistencia al inexorable paso de cada minuto.

Él dio un sorbo a su café sin ponerle azúcar, y dijo:

- No debería beber café, pero... ya qué. ¡Pinche vacío!, ¿verdad? -y volvió a sonreír.